

Desarrollo durable y acumulación: ¿son concluyentes las experiencias del sur?*

Gérard de Bernis**

En el fin de los años cincuenta, o al principio de los años sesenta, cuando se reflexionaba en las cuestiones que planteaba el desarrollo, no se disponía de ninguna experiencia. No era cuestión de trasladar la historia del desarrollo occidental en países estructuralmente diferentes, marcada por otra historia, también específica. Sin embargo, no se escapaba de los modelos de tipo normativo, e incluso se rechazaban los razonamientos en términos de etapas; no escapábamos a una especie de eurocentrismo. A lo largo de esos tres decenios, algunos de los avances que se realizaron y más aún los bloqueos a lo que había sido emprendido y parecía prometedor, permiten analizar procesos concretos para intentar comprender cómo las situaciones han evolucionado y por qué lo han hecho así. Sería pretencioso decir que ese retroceso permite desde ahora elaborar un análisis positivo, al menos podemos tratar de plantear algunos hitos en ese sentido, que podríamos calificar prudentemente como *politically-oriented*.



IZTAPALAPA 38

EXTRAORDINARIO DE 1996

pp. 91-128

* Publicada originalmente en la *Revista Tiers Monde*, t. XXXV, núm. 137, París, Francia, enero-marzo 1994. Traducción de Tania Bonatti.

** Universidad de Grenoble, ISMEA, París.

Probablemente no es exacto que haya, como se dice algunas veces, una "crisis de la teoría del desarrollo", con justicia podemos hablar de una crisis del pensamiento dominante en la materia, de sus axiomas y de sus leyes que se autorrigen como permanentes, sin referencia a la historia concreta, la única fuente de experiencia es otra cosa: numerosos eran quienes, a partir de los años cincuenta la rechazaban y formulaban propuestas alternativas. El desastre actual, comprobado en la mayor parte del Tercer Mundo,¹ es el resultado de las políticas que le fueron recomendadas oficialmente, más o menos impuestas; efectos ambiguos de la sustitución de importaciones cuando se la toma en sentido estricto;² fracaso más categórico aún del crecimiento sacado de las exportaciones en el cuadro de la integración al mercado mundial; fracaso sobre todo del financiamiento al desarrollo con recursos exteriores, cuyas consecuencias no es necesario que sean recordadas. Hay que tomar todo esto en cuenta, sin olvidar, como Hans Singer lo ha mostrado³ sólidamente, que toda esta historia habría sido diferente si las instituciones internacionales creadas en 1942-1944 no hubieran sido tan rápidamente desviadas de su objetivo principal por los EUA.

Para tratar de proyectar algunos hitos hacia este análisis de los procesos concretos, podremos inspirarnos en la

experiencia de países que, habiendo emprendido políticas de industrialización, han sido reconocidos en momentos sucesivos como modelos, con mucha razón. Para algunos su historia ha sido reinterpretada para reducirla al modelo oficial. Para otros, la crítica no ha sido solamente brutal —lo que habría podido ser útil— sino inexacta, hasta deformar el desarrollo y negar los objetivos reales y los aspectos decisivos; no se había logrado todo en Argelia, una crítica positiva habría permitido corregir insuficiencias y contradicciones.

Este texto estará organizado en tres secciones. La sección 1 partirá de las experiencias de países que han podido en un momento de su historia aparecer como modelos, para reconocer el lugar de la acumulación en una teoría positiva del desarrollo sustentable y la lista de los primeros temas a estudiar. La sección 2 estará consagrada al contenido de la acumulación, la sección 3 precisará las funciones del comercio exterior en la acumulación conectándolo al financiamiento de ésta.

1. Las lecciones de la experiencia

La historia de estos países habla por sí misma. No se trata de un proceso de acumulación que no genere fuertes contradicciones; es una de las primeras lecciones de la economía política. El Tercer Mundo no podía escapar a ella,

aunque, evidentemente, no debían manifestarse bajo las formas habituales en los países avanzados, porque ellas toman la forma que les es impuesta por las estructuras productivas. Por cierto, no es porque la acumulación produzca contradicciones que puedan ser rechazadas, sino el análisis de los procesos concretos en el transcurso de los cuales ellas nacen, sigue siendo el mejor medio para determinar cómo hacerles frente. De hecho, aquéllas que acabamos de hacer notar aparecen cuando la industrialización ocasiona o necesita la transformación de la sociedad y se enfrenta a la rigidez de aquélla. En el momento en que la agricultura ve sus medios multiplicados, la resistencia de los propietarios bloquea el progreso, los comerciantes se sirven de todas las dificultades con el objeto de enriquecerse, las nuevas clases medias salidas de la industrialización tienen nuevas necesidades que quieren satisfacer pase lo que pase, etcétera. Esos son hechos frente a los cuales los economistas no cuentan con respuestas.

Es así que este atajo histórico introduce directamente el tema planteado. No haremos semántica, no nos preguntaremos tampoco si el adjetivo "durable" (sustentable) aporta lo que sea a las definiciones clásicas del desarrollo; tomemos en cuenta las ideas de la época y hablemos como todo el mundo. La definición que Maurice Byé daba del

desarrollo en 1960 ya hacía de esto un proceso de largo plazo y sobre todo irreversible: "La transición de una estructura de productividad *per cápita* relativamente débil a una estructura de productividad *per cápita* relativamente más alta"; para aquéllos que hubieran estado tentados a poner un límite al proceso, precisaba:

Una economía está plenamente desarrollada cuando su estructura es tal que la productividad *per cápita* es tan alta que puede serlo habida cuenta de los recursos nacionales y mundiales y de los conocimientos técnicos disponibles.

Y para asegurarse de ser comprendido, completaba: "En el caso contrario, hablamos de una economía subdesarrollada." Desde luego, "durable" no envía a largo plazo, sino a *irreversible*. En este sentido, cualquiera que sea el interés en las experiencias analizadas, el hecho es que el proceso de desarrollo de países como Argelia, Brasil, Corea del Sur, la India o México no se ha revelado como "durable" (sustentable); las contradicciones no dominadas han barrido los resultados de los esfuerzos realizados, y ello conduce a un retroceso.

Esta definición de desarrollo es tanto más útil en cuanto la cuestión de la deuda del Tercer Mundo no ha sido aún resuelta; aun aquí la experiencia es útil. De 1975 a 1980, las tasas de crecimiento de esos países eran superiores a las de

los países desarrollados. Por cierto, estos últimos años fueron fuertemente marcados por la crisis, pero las primeras se situaban entre 6 y 9 por ciento, y se podía considerar que era un período de desarrollo rápido: período que desembocó en la crisis de la deuda y a la situación vivida desde entonces. El “desarrollo” fue efímero, no durable, más aún el principio de una regresión tal que el Tercer Mundo no había conocido nunca. En el momento en que el FMI y la Banca celebran el reingreso en el mercado internacional de capitales de los países que han reestructurado su deuda, dicho de otro modo, recomienzan un proceso de endeudamiento, es más urgente que nunca reafirmar que ningún desarrollo puede ser “durable” (sustentable) si descansa en un financiamiento externo, siempre capaz de agotarse.

Con frecuencia el desarrollo durable está ligado a tomar en cuenta al medio ambiente. Por cierto, en numerosos países, la destrucción del medio ambiente existe, pero sus razones son muy diversas. Por ejemplo se ha mencionado el problema del agua y de deforestación. Sin embargo, ésta se puede deber a que los campesinos pobres buscan la energía que no cuesta más que el espacio físico o lugar dónde vivir, entonces estos problemas son el producto del no desarrollo. La situación es distinta cuando se debe a que grandes com-

pañías extranjeras buscan su beneficio pese a las reglas decretadas, simplemente porque ellas son las más poderosas, revelándose entonces la contradicción del discurso liberal que obliga a facilitar su implantación porque sería favorable al desarrollo. Encontraríamos múltiples ejemplos en todos lados, no es éste el objetivo. Marx anotaba ya que el capital destruye las condiciones en las cuales uno destruye al otro; la pobreza, de hecho, puede ser devastadora. La definición ya retomada de Maurice Byé plantea claramente el problema: una sociedad no puede pasar de un nivel de productividad *per cápita* a otro más elevado si destruye sus propios recursos; lo aplicaba directamente a los yacimientos de materias primas, poniendo el acento en la necesidad de administrar racionalmente las “reservas de tierra”. Es una forma de recordar que hay robo y no acumulación si no se comienza por renovar las condiciones de producción. Es exactamente lo que ha sido suscrito en Río, en la línea de enseñanza constante de Ignacy Sachs: desarrollo y medio ambiente deben ser considerados juntos.

Se dice todavía lo mismo si se subraya el hecho de que el desarrollo postula el aumento en el nivel de satisfacción de las necesidades de cada grupo poblacional en el orden y la jerarquía de esas necesidades. Se pudo proponer el tratarlo aparte, dentro del conjunto de

consumos, el grupo de “consumos para el desarrollo”, esos consumos que satisfacen necesidades esenciales del hombre y que, porque ellas las satisfacen mejor, permiten al hombre ser más productivo: alimento, alojamiento, salud (y todo lo que le es necesario como la toma de agua potable, etcétera), y educación. Son elementos esenciales del aumento de la productividad *per cápita*.⁵ No es más que en niveles de desarrollo mucho más elevados que vemos aparecer bienes de consumo sin eficacia en términos de productividad. Volveremos al tema.

Definir así el desarrollo no tiene nada de original, no se hace más que retomar, en conectar entre ellos, tres conceptos que están en la base misma del análisis económico: en principio las *necesidades* de los hombres, sin el acicate de los cuales ninguno iría al *trabajo*, en la comprensión de que su trabajo es capaz de producir más de lo necesario para reproducir las condiciones de la producción, de ahí la existencia de un *excedente* ⁶ gracias al cual la humanidad pudo salir de la edad de las cavernas, y llegar a construir anfiteatros universitarios después de siglos en el transcurso de los cuales ese excedente ha sido acumulado. La tríada necesidad-trabajo-excedente está en la base de la dinámica. Definir al desarrollo como se ha hecho —o por la elevación del nivel de satisfacción y la dinámica economía, es equi-

valente— consiste en decir que para satisfacer sus necesidades, los hombres trabajan; que trabajando producen un excedente, y que ellos pueden acumular aquéllo para ponerse en la medida de satisfacer mejor sus necesidades, las cuales no dejan de desarrollarse conforme su actividad productiva se vuelve más eficaz. Por tanto, a la cuestión planteada “desarrollo durable y acumulación”, se debe responder primero que esa pareja es indisoluble; cuando los hombres acumulan una parte al menos del excedente producido por su trabajo, el desarrollo está asegurado; si están en medida de hacerlo regularmente, el desarrollo puede ser durable.

Esta definición sugiere dos comentarios referentes al lazo entre el desarrollo, y por un lado el excedente y por el otro la democracia.

La relación entre desarrollo y excedente se debe a que el volumen de éste último determina el ritmo de la acumulación; nunca se puede acumular más que el excedente disponible en el país si no se quiere caer en la dependencia inducida por el endeudamiento externo. Este excedente se presenta bajo diversas formas, aunque, originariamente, son siempre bienes en términos reales. Se pueden contar esos bienes disponibles (excedente de la cosecha en el consumo necesario);⁷ se les puede evaluar en términos monetarios cuando han sido intercambiados en el mercado, pero

el excedente es también la fuerza de trabajo no ocupada.⁸ No nos detendremos en las dificultades bien conocidas de la medida del excedente. La distinción esencial se hace entre el excedente producido y el excedente disponible en el país; supone que se conoce, por una parte, el valor de la fuerza de trabajo, difícil de definir en particular en el mundo rural, y por la otra, el volumen de descuentos efectuados por el exterior; si se conoce bien el volumen de aquéllos que son efectuados en concepto de pago de la deuda,⁹ la evaluación de aquéllos que son operados a través del sistema de precios, dando por supuesto a su vez la desviación entre precios (de importación y de exportación) y valores, conceptos de los cuales la identificación concreta está sometida a numerosas hipótesis. En cambio, lo cierto es que todo lo que incrementa el excedente disponible conservado en el interior del país —esto sobresale del análisis empírico— contribuye a elevar el ritmo posible de la acumulación y en consecuencia del desarrollo. Será pues normal fijar una gran importancia a la autonomía del sistema de precios, y al diezmo pagado cada vez que se recurre al comercio exterior, por no hablar de la necesidad del abandono de la deuda, sin la cual ningún desarrollo es posible.¹⁰

La relación entre desarrollo y democracia parece también muy impor-

tante en todas esas experiencias, aunque todavía no se le sepa formular correctamente. Ellas nos confrontan a la cuestión ineludible de saber si las contradicciones sociales sobre las cuales la industrialización ha tropezado, de la cual se ha visto que se debían, para muchos al menos, a la insuficiente atención de las necesidades concretas de los diversos grupos de población, evolucionando al mismo tiempo que la industrialización avanza, no podrían ser reducidos por modos más apropiados de organización social. No tendríamos nosotros a nuestra disposición más que dos modelos para lograr la industrialización, la explotación inhumana de los trabajadores y de las colonias de Europa del siglo XIX, de un lado —¿pero dónde pueden encontrar colonias los *new comers*?— y por el otro ¿un régimen coreano dictatorial, duramente represivo y apoyado en el exterior? ¿No estará allí el centro del problema?

Sin perder de vista esta cuestión, es sin embargo este papel de la acumulación como elemento estructurante en el centro de la estrategia de industrialización que caracteriza las experiencias de los cinco países ya citados; la estrategia de esos países ha sido formulada en términos de transformación de las estructuras productivas y no de incremento de los intercambios. Esta constatación no es neutra desde el punto de vista teórico: es privilegiando a la pro-

ducción —y no al intercambio— que se plantea correctamente los problemas del desarrollo duradero, si éste se define en términos de productividad *per cápita*. Por ahí, se precisa el contenido de esta acumulación.

Aún observamos que, en los países del Sur, el excedente es producido sobre todo en las primeras fases del desarrollo, bajo la forma de bienes no acumulables (productos agrícolas, materias primas, bienes de consumo): luego hay que transformarlos en bienes acumulables, lo que vuelve necesario el *comercio exterior* y le da su función en la acumulación, transformar en bienes acumulables aquéllos que no lo son. Sin embargo, independientemente incluso de las formas en las cuales ese excedente es producido y transformado, los bienes que lo componen no pertenecen, salvo excepción, a aquéllos que van a acumularlo. No es movilizable para la acumulación más que por transferencia del productor directo al consumidor (público o privado), lo que implica un pago (salvo casos de requerimiento, que puede no ser el mejor estimulante a la productividad más alta). No es pues porque la acumulación exija un excedente definido en términos reales que se puede evitar la cuestión del *financiamiento de la acumulación*, y aquélla no se debe al hecho que se haya utilizado el comercio exterior para dar al excedente producido la forma de un excedente acumulable.

Se deben analizar aquí cada uno de esos dos conjuntos de cuestiones, de las cuales depende el ritmo de la acumulación, con la preocupación de plantear algunos hitos hacia una teoría positiva del desarrollo duradero. Se tratarán de hacer algunas propuestas en relación a cada uno de ellos. Los límites inevitables de este artículo obligan a limitarse a su enunciación, sin poder profundizar como se debería en cada una de las cuestiones que serán tratadas. Por eso nos arriesgamos al simplismo y al dogmatismo; se tratará de no sucumbir demasiado.

2. Contenido y formas de la acumulación

En ninguna sociedad la acumulación se reduce a un fenómeno exclusivamente económico. El aumento de la productividad, la reorganización de las producciones, rural y urbana, el aumento de la formación, del empleo, del ingreso *per cápita*, exigen y generan evoluciones en las estructuras productivas, como de los comportamientos y de las estructuras sociales. Las primeras, deseadas, organizadas en el cuadro de la estrategia del desarrollo, pueden chocar con la resistencia de la sociedad. Otras resultan de esas acciones sin haber sido previstas ni deseadas, pueden retardar, incluso bloquear, la continuación de la estrategia decidida. Después de haber precisado las opciones que se

abren en cuanto al contenido de la acumulación, recordaremos que ella no se realiza nunca de manera espontánea, una atención particular debe darse a las contradicciones que engendra, a veces difíciles de dominar.

2.1 Las opciones abiertas a la acumulación

Las opciones son decisivas; se refieren en principio al reparto del excedente entre los consumos de desarrollo y de inversión, del cual la primer forma es la construcción de la base autónoma de acumulación interna; se refieren también a la naturaleza de las técnicas por las cuales se construye la base autónoma de acumulación interna.

2.1.1 Consumo de desarrollo y base autónoma de acumulación interna

Se puede tener un enfoque moralista o político de la cuestión del reparto del excedente, que reuniría la cuestión de la democracia; considerar que sería injusto que el excedente fuera descontado previamente por personas que no se esforzaron —situación frecuente como se sabe— y que aquél del cual su trabajo produce un excedente deba beneficiarse de la mejoría en su ingreso y su nivel de vida. El aspecto económico de esta cuestión de justicia social —la necesidad de estimular al trabajo y a la eleva-

ción de la productividad— no es despreciable, su alcance es indiscutible. En cuanto al argumento propiamente económico —la productividad per cápita no puede elevarse si las necesidades de base no son cubiertas—, lejos de ser contradictorio con lo precedente, es también decisivo. En ningún dominio, los dos aspectos del desarrollo, elevación del nivel de satisfacción de las necesidades y dinámica económica, están ligados más que en los consumos de desarrollo.

Siendo de esta manera, esta proposición, rica en contenido, es poco utilizable prácticamente, si no se la completa con consideraciones concretas.

La importancia evidente de la satisfacción de la necesidad de alimento plantea tres preguntas. El acceso de los sin empleo a un trabajo productivo incrementa el alimento de todos. La opción entre cultivos de plantas comestibles y cultivos de renta vuelven a enviar a las relaciones entre agricultura y exportación, si no se tiene otros bienes exportables, los cultivos de renta permiten equilibrar las compras del exterior de las primeras máquinas que permiten construir la base autónoma de acumulación; sin embargo, como ellas no pueden ser ampliadas más que en detrimento de los cultivos de plantas comestibles (débil disponibilidad de tierras, efecto agronómico negativo en las capacidades productivas del suelo), el arbitraje

entre unas y otras no puede hacerse más que tomando en cuenta muy cuidadosamente la evolución de la alimentación de la población. El crecimiento de la productividad de la agricultura pasa por la disponibilidad de los medios mecánicos, de productos químicos, de materiales de construcción. La India debió importarlos aumentando su endeudamiento, Argelia trataba de producirlos etapa por etapa, en la voluntad de ligar estrechamente satisfacción de las necesidades, aumento del excedente por una productividad acrecentada, aporte de la industria a la agricultura;¹¹ la satisfacción de la necesidad de alimento y esta idea muy simple que todo país debe poder llegar a alimentarse de sus tierras, asignan así a la industria una serie de prioridades, desde el principio mismo del proceso de desarrollo.

La mejoría de la salud, que depende ya de una alimentación equilibrada y condiciona lo mismo la productividad del trabajo, figura en el primer rango de esos consumos de desarrollo. Una parte del excedente debe serle destinado, indirectamente a través de lo que define sus condiciones de vida (la toma de agua potable es un problema evidentemente sanitario por su aspecto de consumo de agua, pero es necesario también tener en cuenta el tiempo consagrado al transporte del agua y el cansancio que resulta de ello, y se diría lo mismo del transporte de la madera; la salud es

un punto de vista global para apreciar los múltiples aspectos de las condiciones de vida de los pueblos), directamente por la cobertura sanitaria asegurada por la colectividad, hasta el sistema de atención médica. Todavía hay que ser muy prudente en este tema; la gran obra de Foucault sobre el sistema sanitario francés, en particular sobre su elemento más representativo, el hospital, muestra que ha evolucionado a lo largo de cinco siglos, adaptándose sin cesar a las condiciones sociales de la época, antes de tomar su forma actual y su estructura; es el producto de una historia larga y una cultura específica, trasladarlo a países muy diferentes en sus necesidades concretas, sus condiciones sociales, los medios de transporte, las condiciones de existencia, se vuelven preocupantes en cuanto a su eficacia y a su aptitud para "corresponder" a las necesidades experimentadas por la población.

La educación constituye el tercer polo esencial de consumos de desarrollo. Responde a una necesidad esencial de los hombres, al mismo tiempo que condiciona la elevación de la productividad del trabajo de toda la población. Los modelos y los análisis que dan a la educación un papel decisivo en el progreso técnico y el desarrollo —Maurice Byé lo incluía en el capital— son demasiado numerosos para que haya necesidad de detenerse. Evidentemente ningún

país ha podido nunca en ninguna de esas áreas hacer frente a todas las necesidades a la vez, por falta de hombres y de medios, en que una parte del excedente debe ir necesariamente a la construcción de la base autónoma de acumulación. Sin embargo, esa repartición no es jamás alatoria. Faltan estudios dirigidos en esta problemática, que permitirían identificar los criterios utilizados (con frecuencia implícitos) y las relaciones de fuerza que han jugado, como de azar los resultados positivos y las contradicciones que ellos engendraron y de sacar una lección.

La segunda parte del excedente es consagrado a la inversión, a la ampliación de la masa de bien de capital disponible. La función de la industria y en principio, del sector de producción de esos bienes es aumentar la productividad del trabajo y el dominio del hombre sobre la naturaleza, para que produzca más: los problemas del medio ambiente son intrínsecos a los de la industrialización. Las contradicciones entre industria y medio ambiente siempre se han debido al hecho que no se le había dado la atención a las leyes de la naturaleza por ignorancia y descuido, con el pretexto de ir más lejos porque habría urgencia, o por ahorrar, pero ellas se han hecho presentes al hombre, a veces con violencia. Aquí, todavía, sin buscar inútilmente razones explícitas a los errores técnicos hechos, hay que analizar los

procesos de toma de decisiones a los que han conducido. No es oponiendo industria y medio ambiente que se avanzará, sino comprendiendo mejor cómo funcionan las sociedades enfrentadas a exigencias contradictorias. Hay que precisar el contenido de esta base de acumulación.

Las experiencias enumeradas muestran el uso que pudo hacerse del esfuerzo inicial para construir lo que se llama aquí una *base autónoma de acumulación interna* (BAA): ella dio al menos a una parte del excedente la forma de bienes de capital que han permitido ampliar poco a poco con cada vez más y más autonomía el sector industrial respecto al exterior, y de elevar la productividad del trabajo y el empleo en todas las actividades productivas. Su contenido debió evolucionar de una etapa a otra del proceso de industrialización según las actividades a crear o a volver más productivas. En los hechos, la distinción se impuso¹² entre las máquinas que sirven para producir máquinas y las máquinas que sirven para producir bienes de consumo. Si Perroux insistió tanto en el papel de las primeras, es porque ese sector de la industria detenta en sí mismo la llave de la evolución de las técnicas. Bajo la reserva que los trabajadores hayan recibido la formación necesaria, —es esencial— son siempre las máquinas (que sirven para hacer máquinas) de una genera-

ción que han servido para producir las máquinas (que sirven para hacer máquinas) de la segunda generación. Al contrario, las máquinas que sirven para producir bienes de consumo, incorporan el progreso técnico de las primeras, pero son incapaces de producir de otra manera que para la que han sido conformadas. En los diferentes países, las BAA en gran parte han sido construidas a partir de esas máquinas que sirven para producir máquinas, lo que se ha podido también llamar el "capital no específico", en el sentido que sirve de base a todos los sectores de la industria.

En las primeras fases de la industrialización, el contenido de la BAA otorga con frecuencia la prioridad a la agricultura. Ella es por todos lados la actividad inicial, la primera fuente de excedente, pero los agricultores no disponen de los bienes industriales necesarios para aumentar el rendimiento de la tierra y del trabajo (productividad y excedente). Estos bienes provienen de tres ramas de la industria, y su eficacia se debe a que están cada vez adaptados a las circunstancias concretas. La *mecánica* les provee de herramientas, diferentes de una región a otra, de una cultura a otra, de una etapa a otra.¹³ La *química* les ofrece fertilizantes, fitosanitarios, plásticos, etcétera. Y ellos usan *materiales de construcción* para mejorar el hábitat, construir cobertizos para el ganado, redes de irrigación, los medios de

ensilaje, etcétera. La construcción de estas tres ramas fue iniciada en todas partes, tanto más rápido que lo que ellas podían utilizar unas y otras de los bienes de capital, provistos por la BAA. La mecánica estuvo por todas partes en el centro; su construcción (incluso en el nivel elemental: por todos lados se encuentran herreros) une estrechamente la BAA y la agricultura; es todavía ella, en un nivel más elaborado, quien equipa las industrias de materiales de construcción y la química. Se vió cómo, aquí, el lazo con la BAA ha sido más sutil y ha tenido tendencia a invertirse; ninguna empresa se construye sin edificio (materiales de construcción), ninguna industria (incluida la que produce máquinas) funciona sin utilizar productos químicos; por lo tanto, son las mismas ramas las que han asegurado la construcción de la BAA y las condiciones de progreso de la agricultura, luego no hubo contradicción entre el lanzamiento inicial de la BAA y la producción de los bienes que asegurarían el progreso de la agricultura. Este análisis es coherente con la prueba que la inversión de base para construir la industria no frenó el progreso del consumo. Así, la experiencia prueba que la industrialización no se opone, sino que facilita el aumento del nivel de vida de la población. Esta enseñanza tiene mucho alcance. Claro está, la BAA se adaptó después a la evolución misma del pro-

ceso que ella puso en marcha: "Todo lo que crece cambia creciendo", como lo ha hecho recordar Perroux, y volveremos.

Dos ideas han sido con frecuencia emitidas que tenderían a relativizar esas constataciones en relación a las primeras fases de la industrialización. Por un lado, los sectores importantes hubieran llegado a ser la electrónica y la informática: sería contrario al desarrollo, retrógrado, anacrónico, partir de las industrias de base de un período caduco. Por otra parte, los países que construyeron esas bases eran más *grandes* que la mayoría de los países del Sur, que serían demasiado pequeños para hacer lo mismo. Son puntos importantes que deben ser tomados en cuenta.

Dejemos un momento de lado a los establecimientos extranjeros de empresas que permanecen aisladas de la actividad local; el hecho es que aunque la informática y la electrónica se desarrollan en los países de la OCDE y en aquellos que ya tienen su base industrial, siderurgia/mecánica, química, materiales de construcción, todavía hay que añadir que ninguno de esos países ha comenzado por ahí, y que esas ramas modernas no han sido construidas mas que una vez organizada la base industrial inicial, lo que sugeriría que haya un orden de cosas. Es el caso de Brasil (incluso la India), independientemente del hecho de saber si logró su industrialización, y la ha logrado de manera au-

tónoma; ha adquirido una gran capacidad de producción, incluso de exportación, de informática, pero no lo ha hecho más que después de haber construido una poderosa base de acumulación industrial. Corea no empezó por la informática y la electrónica, llegó bastante más tarde. Ella las integró entonces en su sistema industrial, lo que les daba su coherencia, reforzaban y modernizaban las industrias mas antiguas, y aceleraban la exportación de las cuales el país tenía tanta necesidad. Por cierto, este orden en la creación de las industrias no es más que una observación empírica, que no puede demostrar nada por sí misma, salvo que el proceso de industrialización desemboca en esas industrias. En cambio, la experiencia de los países que comenzaron por esas ramas, muestra que no iniciaron nunca la transformación a profundidad de las estructuras internas, que no pasaron prácticamente nunca el estadio del montaje, y que se encerraron en la dependencia frente al exterior.

El calificativo "autónomo" debe también ser precisado en su doble sentido. De un lado, indica que la BAA construye poco a poco la independencia económica frente al exterior, mientras que no puede haber desarrollo en la dependencia.¹⁴ Por ahí, la BAA participa en lo irreversible del proceso de desarrollo, aun cuando no es una condición suficiente. Del otro, señala el carácter de la

dinámica interna puesta en práctica: condiciona el progreso, de fase en fase (desarrollo durable), siendo su naturaleza interna de autodesarrollarse. Siendo así, las características de la BAA toman su dimensión real; no es un azar que los países tales como Argelia, Brasil, Corea del Sur, la India o México —pese a las diferencias en cuanto al volumen de la población y a la diversidad de los recursos entre la India (o Brasil, más grande por muchos aspectos) y Argelia— son más *grandes* que la mayoría de los países del Sur. La estrategia que ellos pusieron en práctica, en un momento o en otro, no podría serlo por pequeños que decidieran permanecer aislados los unos de los otros. Es seguro que no se puede crear una BAA en cada uno de los 140 países del Sur: ¹⁵ esto no significa ni que ella sea inútil al desarrollo ni que un grupo de países no pueda construir una asociándose en una región de dimensiones suficientes. Mientras que no se ha propuesto ni experimentado otra estrategia de desarrollo, estamos tentados a concluir que los pequeños países actuarían ¹⁶ útilmente si ellos decidieran cooperar entre ellos para desarrollarse juntos.¹⁷ ¿Cuál razón prohibiría pensar que una BAA pueda construirse a la escala de una región, si esos países tienen esa voluntad?

Desde luego, la dinámica económica establece un lazo estrecho entre los

consumos de desarrollo y la BAA, entre los ritmos de satisfacción de dichos consumos y de la construcción de la BAA; esos dos elementos siendo también decisivos para la elevación de la productividad. Si hay un dominio en el que los estudios de área deberían tener la prioridad, sería para analizar, a partir de las experiencias concretas, la articulación de esos dos conjuntos y las dificultades a las cuales conduce la excesiva importancia otorgada a uno, que inevitablemente hace abandonar el otro. No estableceremos nunca normas abstractas, sería peligroso, pero esos dos elementos condicionándose el uno al otro, no podemos evitar reflexionar al modo de determinación de proporciones armoniosas en el uso del excedente una vez la caza hecha a todo lo que es su derroche, en el sentido de un uso ineficaz tan frecuente. Tendríamos ahí una mina de informaciones y de reflexiones posibles para extraer de ahí algo nuevo: “saber científicamente controlado” y, tal vez, mejorar el proceso de decisión, hasta aquí muy empírico. Siendo así, no impediremos que el uso del excedente y su reparto (consumos de desarrollo/inversión) sean cuestiones eminentemente políticas (o sociales), pero es demasiado fácil resaltar las relaciones de poder, o el juego de los intereses, en tanto no se disponga de criterios explícitos y justificados.

2.1.2 La opción de las técnicas

La abundancia de literatura y la diversidad de las experiencias en este tema hacen titubear al abordarla de nuevo. No volveremos a este tema en lo que ha sido dicho de esencial, y que está adquirido, por ejemplo en lo referente al dominio de las tecnologías —sin el cual toda transferencia de tecnología es ineficaz— en su dobe sentido; acceso de trabajadores a la formación necesaria para utilizarlas eficazmente, participación de los técnicos del país en la adaptación y en la evolución de esas técnicas, al menos cuando la posibilidad no es impedida por los términos de cesión de patente, etcétera. Todo ello queda como absolutamente justo. Hoy, sin embargo, nuevas preguntas parecen plantearse; podemos, sin querer ser exhaustivos, señalar tres.

Por una parte, en el curso de los últimos 25 años de inestabilidad estructural, la tecnología en particular ha sido profundamente renovada,¹⁸ de ahí un cambio decisivo a propósito de lo que decíamos en los años sesenta en cuanto a la relación entre las técnicas y el desarrollo. En ese momento, la cuestión no parecía muy difícil. La técnica de la mecánica de la época era lo suficientemente simple para poder transferirse con bastante facilidad de los países avanzados a los otros, incluso para las máquinas-herramienta, que empresas

pequeñas y medianas producían en pequeñas series. Hoy, la máquina-herramienta, es la “máquina herramienta a mando numérico”, algo totalmente diferente para su producción como para su utilización. Ahora bien, como siempre es difícil hacer saltos intelectuales o tecnológicos, sobre todo si son considerables; debemos preguntarnos si es posible —y útil— organizar las primeras etapas de la industrialización a partir de la producción de máquinas-herramienta a mando numérico. Una respuesta negativa puede también por lo demás, abrir nuevas vías, por ejemplo sugerir una producción autónoma de máquinas-herramienta sobre la base de tecnologías mejor adaptadas a las necesidades y medios del Tercer Mundo de hoy, a reserva de considerar seriamente un progreso rápido en la formación, para permitir acceder lo más rápidamente posible a esas nuevas tecnologías, evitando indicar demasiado retraso.

Esta observación obliga a reconsiderar seriamente la famosa idea de los *new comers*: aquellos que llegan últimos son los mejor ubicados para avanzar más rápido, de recuperar, incluso de dejar atrás a los más viejos. Esto pudo haber sido verdad hasta inicios de los años setenta, Japón y Corea eran ejemplos, aunque en períodos diferentes. Hoy ya no es más cierto que los *new comers* puedan fácilmente dar un salto tan importante.

Por otra parte, la experiencia muestra que el recurso de las nuevas tecnologías de hoy exige diversos niveles de preparación que deben ser integrados en lo que podemos llamar su dominio, y que rebasan por lejos los problemas señalados más arriba. Conocemos el ejemplo de la revolución verde que, aportando un potencial considerable de progreso, hizo verdaderos estragos. Se han analizado los aspectos sociales, la expulsión de los pequeños campesinos trastornó dramáticamente las estructuras sociales del Punjab, de las Filipinas, o de otros países. Pero esto no es más que un aspecto. Importada en un país que, a pesar de su potencia industrial no producía los bienes que necesitaba (fertilizantes, semillas seleccionadas, herramientas), es una llamada formidable a la importación. Ciertamente, la India eliminó, gracias a ella, el grave riesgo de hambruna que pesaba sobre su población, pero este país lo pagó con un retroceso real de su independencia, porque debía comprar esos bienes al exterior incrementando su déficit externo y su endeudamiento, obligándola a modificar su estrategia de industrialización, o hacer producir en su país a firmas extranjeras como la Union Carbide, que condujo a la catástrofe de Bhopal. Así, al haberse contentado con importar la técnica extranjera sin integrarla a sus estructuras productivas nacionales, sin adaptarla, sin volverlas

capaces de producir lo que constituía el inicio, se expuso a fuertes contradicciones que hipotecaron los resultados más positivos que la India podía esperar.

Claro está, no es interesante discutir la opción de las técnicas más que si el Estado está en la posibilidad de obtener aquéllas que él desea y de rechazar las demás. No es siempre el caso. Por una parte, no se ha visto nunca a un país del Tercer Mundo acceder a la última técnica disponible; esto invalida el argumento según el cual el recurso de las técnicas más modernas sería la condición de la competitividad internacional. Por otra parte, si los gobiernos de algunos países, en donde el mercado es bastante atractivo para suscitar el establecimiento de firmas transnacionales que produzcan para proveerlo, pueden tener así argumentos de negociación referentes a la naturaleza de los bienes producidos y la técnica empleada; no es tampoco el caso de la mayoría.¹⁹ La negociación sobre la redacción del Código de conducta para las firmas transnacionales se pierde en rodeos y peripecias sin fin, que no se comprenden sino porque la cuestión es menos simple que lo que se quiere decir algunas veces. En efecto, no hay más que un sólo medio para poder rechazar una técnica; se debe proteger de una manera u otra, por ejemplo, reconocerse en los hechos el derecho de rechazar el establecimiento de una firma extranjera si ella utiliza

técnicas que se rechazan, y estar decidido a hacer valer ese derecho, lo que supone no considerar *a priori* como una ventaja para el país el arribo de una firma extranjera; en tanto se crea que los Códigos de inversión deben contener más estimulantes que obligaciones, se estará lejos.

En fin, los transtornos técnicos del período reciente ponen todavía en dificultad a los países del Tercer Mundo, porque un cierto número de bienes no son ya producidos en los países del Norte. Se tomará un ejemplo, sacado esta vez de la experiencia de numerosos países africanos. Se había insistido en los años sesenta, cuando se difundió el objetivo de pasar del cultivo a mano al cultivo con arado animal en la importancia de producir en el mismo lugar los aperos necesarios, y se propuso, para conseguirlo, sustituir el cálculo microeconómico por un cálculo macroeconómico. Por no haberlo hecho, el esfuerzo efectuado fue echado por tierra.²⁰ En ese tiempo todavía era posible procurarse esos bienes en los países del Norte. Hoy, los equipos agrícolas de éstos han cambiado radicalmente y no se producen más esas herramientas de las cuales los países africanos continúan necesitando. Como no se ve que el Sahel pueda pasar al uso del tractor sin una etapa intermedia de transformación de los rendimientos, el cambio tecnológico en los países del Norte, los

pone en un verdadero callejón sin salida. Habrá que encontrar localmente una solución.

2.2 *La acumulación no es nunca espontánea*

La acumulación en las primeras etapas del capitalismo es seguramente responsabilidad del Estado, pero éste no puede desinteresarse completamente, sea para dar al plan toda su eficacia, sea para reducir las contradicciones nacidas del proceso de acumulación.

2.2.1 *Acumulación, Estado y Plan*

El capitalismo se desarrolló al principio bajo su forma comercial; el capital industrial apareció cuando los comerciantes desviaron de la esfera comercial, sumas de dinero que ahí circulaban o para invertir las en la producción, lo que las transformaba y daba nacimiento al capitalismo industrial. El comercio es muy activo en el Tercer Mundo y los comerciantes demuestran una gran habilidad. En cambio, por razones en las cuales no nos detendremos aquí, la mayor parte de los poseedores de sumas de dinero circulando en el comercio se preocupan muy poco de hacerlas dar frutos acumulándolas para ampliar la producción. Hay que decir, por lo demás, que en el Tercer Mundo los bancos se han acostumbrado a esto. Ellos hacen con mu-

cha facilidad crédito al consumo (y muchas veces para productos importados) o al comercio, demuestran mucha reserva y plantean numerosas condiciones cuando se trata de abrir créditos a la producción. Se dice con frecuencia, que el Tercer Mundo no se desarrolla por falta de empresarios; esta afirmación equivale a decir que la sola racionalidad económica concebible es aquella de la empresa capitalista. El hecho es que el comportamiento "capitalista" no se ha desarrollado en el Tercer Mundo, pero no se ve por qué sería imposible invertir sin empresario, y con otra lógica. Sin embargo, ahí donde la mentalidad de empresa no existe, no queda más que la necesidad de que un agente tome la iniciativa de organizar a la sociedad en vista de su inversión.

En ninguna parte, en efecto, la acumulación se ha realizado espontáneamente. Es una cuestión que Keynes se planteó a propósito de la inversión en el último capítulo de su *Teoría general*, cuando atestigua que la incertidumbre impide ser suficiente para asegurar el pleno empleo; responde afirmando que es al Estado al que le corresponde realizar las disposiciones necesarias para hacer frente a esta situación. Por cierto, Keynes no había considerado los problemas específicos del Tercer Mundo, —sus trabajos sobre la India no se refieren al desarrollo—, pero no vemos por qué la respuesta habría sido

diferente. El Estado tiene a su cargo los intereses de la nación —aquí el interés en juego es primordial— y sólo él puede organizar la inversión por cuenta de la nación, en el cuadro de un plan. Lo que es verdadero para la inversión, lo es *a fortiori* para los consumos de desarrollo; sólo el Estado —o sus representantes locales— pueden asegurar la toma de agua, la cobertura escolar o sanitaria, sólo él puede hacer evolucionar el reparto de los ingresos, en particular por la fiscalidad y por el control de los precios que es esencial al ingreso campesino; sólo entonces puede crear las condiciones de la vuelta al trabajo de la población no ocupada.²¹ Pero que se trate de inversión, de consumo de desarrollo o de vuelta al trabajo, no puede ser eficaz si el Estado no busca como prioridad que los intereses propios de cada uno de los grupos sociales sean tomados en cuenta; el desarrollo es la mejoría del nivel de satisfacción de las necesidades de todos los grupos sociales, en el orden y la jerarquía de esas necesidades y la dinámica económica, que es tomar en cuenta las necesidades de las generaciones futuras.

La experiencia reciente en los países del Este se ha añadido a nuestra experiencia en este punto. Desde hace mucho tiempo, se hablaba de la necesidad de introducir los mecanismos del mercado para corregir las insuficiencias del plan; sin embargo, las reformas sucesi-

vas no habían resuelto ninguna de las dificultades del plan, no es poniendo juntos dos principios contrarios²² que se avanza, la evolución de estos últimos años lo muestra hasta el paroxismo; la cuestión no es introducir al mercado en el plan —o viceversa—, sino tomar en consideración las necesidades en el modo de elaboración del plan.

2.2.2 *Plan, polos de desarrollo y adecuación del medio de propagación de sus efectos*

Si el plan expresa una estrategia de desarrollo, debe también abstenerse del voluntarismo. Para ser eficaz, debe respetar los principios de la economía política. Por ejemplo, no se logrará nunca acumular más que el excedente producido. Sobre todo se debe insistir en otro aspecto en donde la experiencia muestra su importancia. Muchos planes creyeron útil apoyarse en el concepto de polo de desarrollo de Perroux, pero olvidaron lo esencial, que no es suficiente sólo con creer en ellos. Perroux mostró su papel, explicó aún más que no había que hacer una catedral en el desierto para formar un polo, dicho de otra manera, que cualesquiera que sean los efectos de arrastre potenciales de un polo, esos efectos no son espontáneos nunca, y un polo potencial no ejercerá ningún efecto si, como es frecuente, no se ha organizado con cuidado su medio

de propagación y las estructuras inadecuadas pueden bloquear todo efecto de arrastre, así como es importante hacer la lista de los efectos de arrastre potenciales de un proyecto, también es hacer la *check-list* de las acciones que el planificador debe comprometerse a realizar para que el medio deje de ser un obstáculo y se convierta en agente enlace.

2.2.3 *Resolver las contradicciones de la acumulación*

Si el proceso de industrialización transforma las estructuras productivas de la economía, esta transformación tiene como característica fundamental hacer surgir nuevas contradicciones dentro de la sociedad, que pueden en ese momento bloquear la evolución en curso. Sin querer señalarlas todas, volveremos a dos ejemplos encontrados en los países citados anteriormente, escogidos en etapas sucesivas de desarrollo, para subrayar que esas contradicciones se renuevan sin cesar, arriesgando siempre con agravarse.

De un lado la política agraria, el acondicionamiento del suelo, los principios de la industrialización incrementan el volumen de empleo, atacan el desempleo, lo que tiende, más rápido de lo que se cree, si el gobierno no toma una actitud represiva, a elevar el salario, de donde surge una doble fuente de

aumento en el consumo alimentario (conforme a las leyes de Engels); por el otro lado, resistencias sociopolíticas se oponen a la reforma agraria retardando el arribo de los resultados que de esta política de industrialización orientada hacia el desarrollo de la agricultura se pudiera esperar, en términos de aumento de la cantidad de productos comestibles puestos a disposición de la población, en donde los comerciantes permanecen libres para comportarse según sus intereses particulares, aprovechándose de toda dificultad de aprovisionamiento para elevar los precios, guardar, especular, lograr beneficios fáciles comprando aquí y revendiendo allá. Entonces una fuerte presión social empuja a la importación de alimentos, y un déficit de la balanza exterior, que como no estaba prevista, retrasa la realización del plan. Si el gobierno se niega a importar, el malestar se esparce en la población, el sentimiento de degradación de la situación ("antes se encontraba de todo", "el gobierno es incapaz, no se interesa en la población", "está con los especuladores", etcétera.). Entonces se olvida la reducción del desempleo, el incremento del nivel de vida, la situación no es sentida más que como un fracaso, se mantiene el cambio de equipo que bloquea la industrialización, se permite recomenzar el desempleo, lo que conduce a la verdadera catástrofe.

En una etapa ulterior, la transformación de las estructuras sociales debida a la inversión se renueva profundizándose. En la India, ese proceso contribuyó a ampliar la clase media cuyo volumen es estimado entre 85 y 100 millones de personas, una gran masa de consumidores, aunque no sean más que casi el 10 por ciento de la población. Esta contradicción, que testimonia en parte los resultados de la industrialización, puede, paradójicamente, bloquearla. Por cierto, esos 100 millones de hindúes no tienen los medios para comprar coches, pero pueden comprar televisiones, canales HIFI, los bienes de la pequeña burguesía internacional. Viajan, tienen los medios para comprar bienes de esta naturaleza, de una calidad mayor que la que la industria hindú les ofrece, es una presión formidable para la apertura del país a la importación, a la cual el gobierno está tanto peor ubicado para resistir como que él mismo salió de esta parte de la población. Esta presión se comprende fácilmente; no hay razón para que no puedan comprar los bienes que respondan a sus necesidades actuales, de los que sus análogos disponen en el resto del mundo, simplemente porque ellos son hindúes, nacidos demasiado temprano o donde no debían. Pero, si se abren esas importaciones, los que están más abajo en la jerarquía social no podrán progresar, porque esas compras consumirán las divisas que provienen

del excedente y si se le consagra a la compra de bienes que no ejercen ningún efecto positivo en el desarrollo,²³ el proceso de acumulación estará hipotecado.

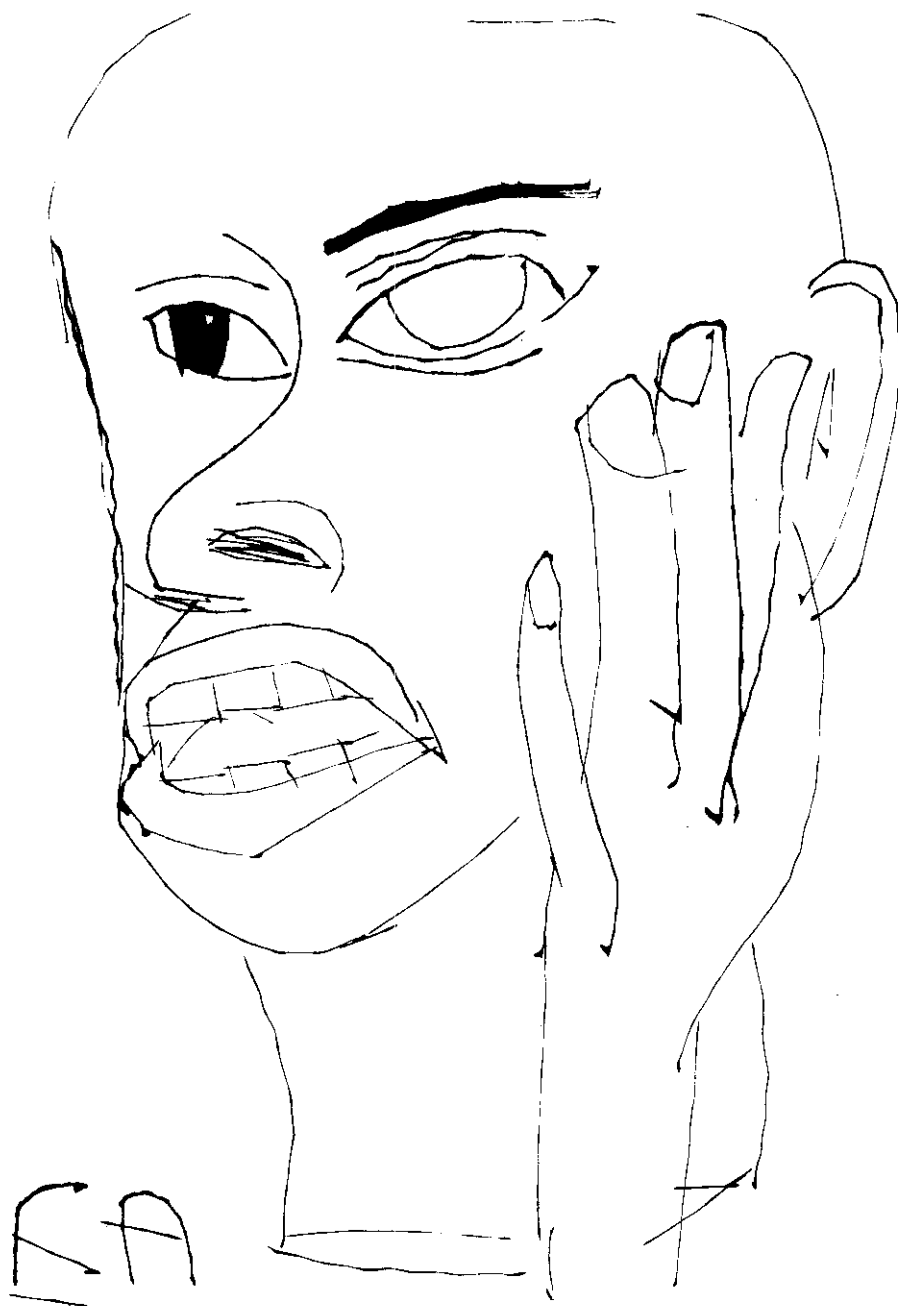
Son ejemplos de las contradicciones a las cuales nos confronta el proceso de industrialización. Probablemente no era posible concebirlos antes de que la experiencia revelara lo inevitable, y no subrayara la dificultad de hacerle frente. Ellas hacen destacar sin embargo el riesgo de toda tentativa de desarrollo, aunque sea la más lúcida, de ser efímera. Es sin embargo más fácil atestiguar las contradicciones que aportar soluciones. Una vez más, nos remitimos al contraste con Corea. Se podrá tal vez decir que la India desarrolló una gran capacidad de producción en informática y electrónica (telecomunicaciones), pero en el dominio profesional, hacia actividades productivas, y que Corea empezó en esas ramas por productos de electrónica para el público en general que le permitieron a la vez exportar y producir para su mercado nacional, y concluir en el papel de las industrias con este doble enfoque. Pero ¿quién podría decir seriamente, sin demostrarlo con precisión, que las condiciones iniciales del desarrollo coreano y la ayuda masiva recibida durante un cuarto de siglo, no son nada para la capacidad que tuvo una dictadura de escapar, hasta aquí al menos, a estas contradicciones?

Esto forma parte de las cuestiones que merecen ser profundizadas si se quiere avanzar en la elaboración de una teoría positiva del desarrollo. Y si esta demostración no es hecha, ¿qué podremos decir entonces de estrategias de desarrollo?

Es teniendo presentes estas cuestiones teóricas pero muy concretas que es necesario considerar el financiamiento del desarrollo; desarrollo que no se puede aislar del análisis experimental y se podrá proponer entonces funciones de comercio exterior susceptibles de favorecer un desarrollo que no sería solamente efímero.

3. Del comercio exterior al financiamiento de la acumulación

La acumulación no puede ser considerada fuera de sus relaciones con el comercio exterior, no solamente del hecho de las contradicciones que acaban de ser señaladas, que hasta aquí han desembocado en una modificación de la política del comercio exterior, sino porque los países del Sur en la primeras fases de su industrialización, tienen todos la especificidad estructural de producir bienes no acumulables,²⁴ y que, hoy todavía, muy pocos son aquéllos que ya iniciaron una producción de bienes directamente acumulables (en lo esencial de bienes de capital). Un error doble sería pensar que esos países no pueden pagar los bienes de producción



que necesitan más que haciendo uso de los créditos de sus proveedores, que no podrían procurárselos más que en los países del Norte.

Sobre el primer punto, en los años sesenta, los países del Sur no podían comprar esos bienes más que a los del Norte, y los países que empezaron su desarrollo en esta época debieron pasar por ahí. Sobre el segundo punto, no podían pagarlas más que en divisas convertibles, gracias a las ayudas recibidas por el endeudamiento, con el riesgo de perder su independencia, salvo hacerlo por sus exportaciones, aun si ese comercio internacional era el lugar de extracción del valor.²⁵ del hecho de las sobrefacturaciones y del intercambio desigual. Pero, esta última solución abriría grados de libertad, aunque fueran pagados caro, y manifestaba esta posibilidad dada por ese comercio de transformar los bienes no acumulables en bienes acumulables: su necesidad no se debe al papel muy frecuentemente exagerado que el análisis dominante da al intercambio, sino a las exigencias propias de la producción.²⁶

Ahora bien, la situación del Tercer Mundo ha cambiado desde este período, signo de lo que, pese a las dificultades y retrocesos, algunos países —los ya citados y algunos pocos más— verdaderamente transformaron sus economías. Sobre el primer punto, los países del Norte no tienen más el monopolio de la

producción de bienes de capital; hoy algunos países del Sur producen bienes de capital y pueden proveer a los otros. Sobre el segundo punto, los países del Sur pueden hoy intercambiar bienes de consumo o bienes intermedios contra bienes de capital, y ello sin tener que sufrir los efectos de dominación ejercidos por los países del Norte. Hay que comprender el nivel de ese intercambio estructural, aunque aún se esté demasiado poco consciente en la mayor parte de los países del Sur, y ver todas las consecuencias potenciales desde el punto de vista del financiamiento de la acumulación en el Sur.

3.1 Un cambio estructural, factor potencial de libertad

En sí, el comercio exterior, concebido como acabamos de hacerlo, abre nuevos grados de libertad. Son aún más reales si se busca utilizar las potencialidades específicas del comercio Sur-Sur, en la nueva situación de algunos países del Sur.

3.1.1 El comercio exterior abre grados de libertad

Definir la función original del comercio internacional por la transformación de bienes no acumulables en bienes acumulables, permite precisar los nuevos grados de libertad así abiertos en la opción del ritmo de desarrollo, bajo la

forma de oportunidad de arbitraje efectuados según las prioridades que cada país tiene. Tres ejemplos son suficientes. Ya se ha señalado el arbitraje entre el volumen de ventas de productos agrícolas, el alimento de la población y el ritmo del desarrollo industrial. Asimismo se puede relacionar la decisión referente a lo que Maurice Byé llamaba el horizonte de gestión de las "reservas de tierra", (yacimientos de materias primas) y la tasa de crecimiento de la industria: esos yacimientos, no estando solamente destinados a recuperar divisas hoy, sino siendo un recurso para el desarrollo ulterior, se tiene la oportunidad entre su explotación más intensiva y para acelerar el crecimiento industrial ahora y la preservación del futuro aceptando un crecimiento inmediato menos rápido. O aún más, se puede responder a la cuestión de saber si es preferible vender productos brutos o productos más elaborados.²⁷ Claro está, esas opciones no tienen sentido a menos que se relacionen con estructuras productivas públicas, o, al menos, susceptibles (u obligadas) a aceptar las recomendaciones del plan.

Se añadirán dos observaciones para completar este análisis del papel del comercio exterior.

Por un lado, no se insiste lo suficiente en el hecho de que los países del Sur que participan en el mercado mundial sufren el sistema de precios relativos

que ahí reina, y que aquél acaba por normar sus sistema de precios relativos interno. No se deja de decir sin embargo, que el desarrollo de las fuerzas productivas está hipotecado si la estructura de los precios relativos no corresponde con aquellas de las productividades sectoriales del trabajo. Ahora bien, la desviación entre la estructura de las productividades sectoriales en los países del Sur y la estructura de los precios relativos en el mercado mundial es inmensa: del hecho del papel dominante de las firmas de los países del Norte en ese mercado, esta última corresponde a (o es al menos muy próxima de) la estructura de las productividades sectoriales del trabajo en los países del Norte.²⁸

Resulta de ello que los países del Sur no pueden acceder al mercado mundial más que si aceptan una desvalorización profunda de su mano de obra, para compensar la diferencia de los niveles absolutos de productividad. La teoría dominante emplea una expresión llena de delicadeza: es "la ventaja comparativa" de los países del Sur sobre los países del Norte de tener una mano de obra de bajo costo, no se dice "desvalorizada", y ante todo no debe cambiar esa situación. En realidad, es la posibilidad, para el capital del Norte, de hacer una doble presión sobre sus propios asalariados, obteniendo bienes salarios poco costosos y pudiendo amenazar siempre con una deslocalización de las

actividades. Esta desvalorización de la fuerza de trabajo refuerza la necesidad del mantenimiento de un nivel muy bajo de los precios de los productos agrícolas, si no la población urbana no podría sobrevivir, y más aumenta aún la transferencia de excedente al exterior a través del precio de exportación de esos productos. Finalmente, se llega a un bloqueo completo del mercado interior, que constituye una de las dificultades esenciales del desarrollo de los países del Sur. Como no se ve que pueda ser de otra manera, habida cuenta del papel dominante de los países del Norte en ese mercado y de las leyes de determinación de precios, se comprende que sea necesaria toda la presión autoritaria de los Programas de ajuste estructural para impedir a los países del Sur recurrir a la protección para poder proveerse de un sistema de precios relativos autónomos, que corresponda a las exigencias del desarrollo de sus fuerzas productivas. No se ve que tengan otro medio para conseguirlo.

Por otro lado, no se insiste lo suficiente sobre la verdadera función de la protección que no significa rechazo a importar. Cuando F. List recomienda la protección, no es más que indirectamente a propósito de la defensa de las industrias en su inicio. No se interesa más que porque, precisamente, la estructura de los precios en el mercado mundial, que reflejaba lo que él llamaba

la *pax britannica*, estaba definida por las productividades sectoriales del trabajo en la industria inglesa. Si Alemania tenía dificultades, no era más que de forma secundaria porque sus firmas no eran competitivas —en las primeras fases de su industrialización, ¿por qué habría buscado exportar?—, era en principio porque la estructura de los precios que le estaba impuesta —Alemania importaba máquinas— bloqueaba el desarrollo de sus propias fuerzas productivas. No es un problema de industria en su inicio, es un problema de tener una estructura de precio interno que corresponde a las exigencias del desarrollo, en función del nivel de aquél en el cual se encuentre. La protección no es un medio de escapar al comercio, es la condición para poder hacer comercio teniendo un sistema autónomo de precios relativos, que corresponda a la estructura de las productividades sectoriales del trabajo, y un nivel de salario compatible con una demanda anticipada que estimule la inversión.

Esas dos observaciones permiten subrayar la importancia del comercio Sur-Sur.

3.1.2 *El comercio Sur-Sur renueva esos grados de libertad*

La importancia del comercio Sur-Sur merece tanto más ser subrayada puesto

que es frecuentemente subestimada, incluso rechazada. Los argumentos que se han opuesto se deben en principio al hecho de que los circuitos comerciales con el Norte se benefician de una organización experimentada desde hace mucho tiempo, luego que los circuitos Sur-Sur están aún, casi en todos los aspectos no organizados, de ahí la insistencia en la falta de líneas marítimas regulares y de sistema de financiamiento, incluso la mala calidad de los embalajes, etcétera. Esos argumentos pueden pasar como peligrosamente superficiales, porque no tocan en nada a lo que se pone en juego de la cuestión planteada. En realidad esconden de una forma inconfesada, lo que hay que llamar como dominación del Norte; los circuitos con el Norte son conocidos y organizados, con frecuencia por las firmas extranjeras, los circuitos Sur-Sur están por inventarse y deben ser creados del principio al fin por los interesados, con los riesgos que van aunados, y los organizadores de los primeros no están listos a ayudar, muy por el contrario. Sin embargo, hoy esos países del Sur producen bienes de producción, sus mercados actuales son estrechos, prácticamente limitados a las fronteras nacionales, porque los mercados del Norte no están interesados en esos bienes de capital que funcionan con una tecnología menos sofisticada que aquella que se desarrolló en el Norte, y otros países del

Sur se arruinan al querer comprar a los países del Norte bienes de capital que están tal vez menos adaptados a sus necesidades, a tener que pagarlos en divisas y en hacerse imponer una estructura de precios relativos que es un obstáculo al desarrollo de sus fuerzas productivas. Son tres aspectos esenciales del interés del comercio Sur-Sur para el desarrollo.

De una parte, habiendo ya notado que los países del Sur no pueden emprender su industrialización sobre la base de las tecnologías más avanzadas, se comprende fácilmente, sin tener que detenerse más, la convergencia de intereses entre los unos y los otros; aquéllos que los producen encuentran en los mercados del Sur bienes de producción mejor adaptados a la etapa del progreso técnico que tienen que salvar, aquéllos que producen se benefician de la ampliación de sus ventas, en contrapartida de los productos que compran actualmente al Norte, y que pueden comprar al Sur. Este tipo de intercambio es así portador de una dinámica mutua altamente progresiva.

Por otro lado, si el recurso al comercio exterior abre grados de libertad, éstos son incrementados por el comercio Sur-Sur que incrementa las ventas mutuas, en tanto lo exime del uso de divisas dominantes. Es ésta una cuestión delicada en el hecho de una paradoja aparente; la obligación que pesa sobre los

países del Sur de tener que pagar su deuda (en divisas convertibles), puede hacer pensar que el comercio Sur-Sur, precisamente porque no se hace en dólares, disminuye la capacidad de cada uno para reembolsar su deuda. Claro está, se tendrá que mostrar que no se puede hablar de desarrollo en tanto que la deuda no sea abandonada, pero no hay necesidad de llegar ahí para comprender que el argumento no se mantiene, y que el comercio Sur-Sur no puede entorpecer el pago de la deuda, porque la paradoja no es más que aparente. En efecto, por una parte, ni Brasil ni ningún otro puede vender a los países del Norte la mayor parte de los bienes de capital que producen y por otra parte, los compradores de esos bienes, pagándolos por compensación o en una moneda del Tercer Mundo, ahorrarán los dólares que habrían debido usar en su compra, si los hubieran comprado al Norte.

En fin, ya se ha subrayado que un sistema de precios autónomo era necesario para permitir el desarrollo de las fuerzas productivas. El comercio Sur-Sur contribuye a ello. De una parte, la desviación es infinitamente menos grande entre las estructuras de las productividades sectoriales del trabajo de los dos países del Tercer Mundo, aun si se sitúan en niveles diferentes de desarrollo de sus fuerzas productivas, que entre un país del Norte y un país de Sur.

Por lo tanto, la relación de intercambio entre los productos de dos países del Sur —relación de trueque o precio monetarios— coincidirá más inmediatamente con las estructuras de precios relativos correspondiente a las exigencias de desarrollo de cada uno de ellos. Claro está, el comercio Sur-Sur no puede desarrollarse sin protección, pero ésta habría sido necesaria también en la organización de un sistema de precios relativos autónomo. De otra parte, el hecho de escapar juntos de la presión ejercida en dirección de una desvalorización de la fuerza de trabajo les permitirá volver juntos a un nivel de salarios manteniendo una demanda interna más satisfactoria.

Siendo así, cualesquiera que sean las ventajas del comercio entre los países del Sur, no pueden ya producir todas las máquinas necesarias para construir su base autónoma de acumulación interna. El comercio con el Norte, que es, en parte al menos, ineludible, de todas formas es transformado por el comercio Sur-Sur. Si el Sur tiene necesidad todavía de productos que sólo el Norte produce, aquél tiene también necesidades no reprimibles en productos que no puede encontrar más que comprándolos al Sur. Si el comercio Sur-Sur permite reducir la demanda del Sur al Norte, el Sur no tendrá más necesidad de presentarse como vendedor al precio que sea de los bienes que vende al

Norte, será el mejor medio de revalorización de sus productos, un cambio al que el Norte rechazó y al cual estará obligado. Esta revalorización de los productos facilitará la revalorización de la fuerza de trabajo.

En este cuadro, la cuestión del financiamiento de la acumulación permanece, pero se vuelve más fácil de resolver.

3.2 *Financiamiento interno de la acumulación*

Esta concepción del comercio exterior y el comercio Sur-Sur en particular, abren nuevas vías al financiamiento de la acumulación, pero el comercio debe por sí mismo ser financiado.

3.2.1 *El financiamiento de la acumulación "stricto sensu"*

Para evitar cualquier equívoco, es necesario recordar algunos aspectos. El excedente, tal como ha sido definido, se presenta a la vez bajo la forma de una población esperando tener una actividad productiva y de un conjunto de bienes concretos. La estructura de la producción de un período determina la naturaleza de esta parte del excedente formado de bienes disponibles para el período siguiente, bajo reserva de posibilidades de modificarla por el comer-

cio exterior (más bienes acumulables, en lugar de bienes no acumulables directamente producidos). Esta estructura del producto de un período y su transformación por el comercio exterior, resultan de la anticipación por los agentes referidos de lo que serán las necesidades que se manifestarán en la economía, en particular desde el punto de vista de la acumulación. En teoría, las leyes del mercado aseguran la "correspondencia" entre las estructuras de la producción (y su transformación por el mercado exterior) y de la necesidad social (consumos necesarios y de desarrollo, inversión), pero ese razonamiento teórico está sometido a hipótesis drásticas que no están unidas en la realidad. Es el área esencial en la cual una planificación indicativa apoyada en un amplio sector público, uno y otro administrados según las exigencias de la estrategia de industrialización y de la satisfacción de las necesidades de la población, evitará los errores que el sólo juego del mercado tendría todas las posibilidades de dejarse de producir.

Siendo así, estos bienes, que son propiedad de los agentes que los han producido (u obtenidos por medio del intercambio), no estarán a la disposición de los agentes que los organizarán para la acumulación más que si son comprados a los primeros. El financiamiento de la acumulación consiste en organizar la transferencia de esos bie-

nes, de los agentes que disponen de ellos a los que deben utilizarlos. No puede efectuarse bajo las mismas formas para los consumos de desarrollo y para la inversión.

Los consumos de desarrollo están asegurados diferenciadamente según se trate del consumo familiar (alimento, alojamiento) o de servicios (educación, salud, transportes) que competen a la comunidad. La orientación de la producción agrícola y su productividad, por una parte, el sistema de precios (para los agricultores) y de los ingresos (para los de la ciudad), por la otra, determinan la capacidad de mejorar de la primera. El presupuesto del Estado determina las segundas. Este aspecto del financiamiento ha sido con frecuencia descuidado en la teoría del desarrollo, tanto porque una concepción demasiado tecnicista condujo a no poner cuidado en las mejoras del nivel de satisfacción de las necesidades, y a no hacer entrar en las variables para tomar en consideración la relación entre satisfacción y productividad, más que porque ella pone en juego los intereses de los grupos dominantes y se prefiere guardar silencio. El presupuesto del Estado (y sus desarticulaciones) es el lugar de una contradicción mayor del Tercer Mundo, entre las necesidades por satisfacer y la obligación al equilibrio presupuestario, condición de la independencia, pero no se sabría distinguir entre el manteni-

miento del equilibrio y el nivel en el cual se realiza la fiscalidad asegurando el lazo entre los dos. Esta cuestión es tanto más importante que la desigualdad en el reparto de los ingresos y es todavía más difícil la contribución de los altos ingresos en el desarrollo del país aún más débil que en los países del Norte, y que la fiscalidad no constituye más que escasamente uno de los medios del financiamiento de este aspecto del desarrollo. Que haya ahí una cuestión política, no hay duda, que haya ahí una cuestión de recursos posibles de mejoramiento del consumo de desarrollo de la masa de la población, tampoco.

La cuestión del financiamiento de la inversión se plantea necesariamente en otros términos. Según el pensamiento dominante, y el argumento del FMI y de la Banca, todo lo opuesto a las funciones que les fueron atribuidas cuando su creación, el ahorro —público o privado— debe ocuparse, de ahí la proposición bien conocida, pero no menos extraña; los países del Sur —porque no tendrían ahorro— deben recurrir a los recursos externos (endeudamiento internacional visto como el recurso al ahorro de los países del Norte), para financiar la transferencia de bienes disponibles en el país, de representantes (nacionales) que disponen de otros agentes (nacionales) que quieran usarlos. Extraña, la propuesta está sobre todo equivocada. Por un lado, los países

del Sur, al menos antes de la "crisis de la deuda", tenían un ahorro, aunque no se presentara en principio bajo una forma movilizable; tenían incluso demasiado, para evitar la incertidumbre del mañana (la irregularidad de las cosechas, por ejemplo),²⁹ este ahorro, celebrado como fruto de la virtud individual de la prudencia, tenía un efecto colectivo negativo, limitando el consumo, reduciendo la demanda anticipada e impidiendo estimular una inversión más elevada. Pero, felizmente, la inversión no tiene por qué depender del ahorro; es la función de los bancos hacer préstamos a aquéllos que necesitan comprar los bienes de capital que quieren invertir, y que reembolsarán cuando vendan su producto, creando moneda que anularán en el momento del reembolso. La inversión no es en principio un problema financiero externo si los bancos hacen su trabajo, en tanto no se busque acumular más allá del excedente disponible.³⁰

Admitido de esta manera, la inversión puede ser financiada por la combinación armónica de prácticas deducidas de los análisis precedentes —acceso de los sin trabajo a una actividad productiva, papel de los bancos, comercio Sur-Sur, intercambios con el Norte—, compatibles con las condiciones de la independencia que la experiencia de los años recientes impone, los equilibrios de la balanza externa y el presupuesto

del Estado, pero a condición —hay que repetirlo para evitar cualquier equívoco— que la deuda haya sido abandonada, sin lo cual el excedente disponible se reduce a la población sin trabajo, sin poder proveerle de las herramientas necesarias, lo que reduce considerablemente la base de la acumulación.

La práctica de los bancos será totalmente invertida y se asimilará a aquella que es practicada en el Norte desde el siglo XIX. Actualmente, en el Tercer Mundo, salvo excepciones muy raras, ellos no realizan su oficio: abren esencialmente créditos al consumo, y claro, lo más seguido a los más ricos —su firma vale— para que puedan comprar bienes importados³¹ y desviar así, para su ventaja personal, las divisas escasas, o a los comerciantes para ayudarlos a traer esos bienes gracias a los cuales logran beneficios fabulosos, hasta constituyen reservas para tratar —y algunas veces lograr— hacer fracasar a las empresas nacionales que están naciendo o ya creadas bajo la iniciativa o con el apoyo de los poderes públicos,³² el colmo de lo que se puede imaginar en materia de utilización de esas divisas, pero, desde que se trata de crédito a la producción, los bancos piden garantías que un artesano no puede con frecuencia reunir. No se trata de pedir a los bancos comerciales que financien los gastos al exterior, eso no puede venir más que de las autoridades públicas, y

no es el tema aquí. Para los bancos se trata de financiar una transferencia puramente interna de lo que constituye el excedente, de aquéllos que disponen de él y de los que lo necesitan para la inversión.

Este excedente está constituido por tres conjuntos que se trata de combinar. El primer conjunto es la fuerza de trabajo no empleada, que debió o debe recibir, en el cuadro de los consumos de desarrollo, la formación necesaria para su empleo. Ella está directamente remunerada gracias a los créditos hechos en moneda nacional a las empresas que invierten, y de la cual ella consumirá una parte al menos del producto. Un segundo conjunto está formado por los bienes producidos en el país, esencialmente de aquéllos que sirven en los trabajos de ingeniería civil necesarios a toda industria, hasta algunos bienes intermedios. Esos dos conjuntos pueden representar algo así como el 40 por ciento del gasto total. El tercer conjunto está formado por los bienes adquiridos en el comercio exterior; la mayor parte —aproximadamente de 30 a 40 por ciento del gasto en inversión— en el comercio Sur-Sur, el remanente —aproximadamente de 20 a 30 por ciento— por los intercambios con el Norte.

3.2.2 *El financiamiento del comercio exterior*

Es, claro está, tratando de considerar,

de utilizar las diversas formas del comercio de compensación cuando se trata del comercio Sur-Sur, para escapar de la invertibilidad de las monedas de los países del Tercer Mundo. Sin poner en duda su eficacia, se conocen a cuales obligaciones está sometido. La compensación bilateral instantánea reduce a bastante estrechez las posibilidades de desarrollo. Se debe pues examinar sea una compensación bilateral con diferencias en el tiempo, sea una compensación multilateral que, en sí misma, además de la necesidad de compensar los excedentes y los déficits, plantee la cuestión del plazo reglamentario. Quien dice plazo dice crédito, luego dinero; no hay ninguna paradoja en recordar que la práctica del comercio de trueque no puede ampliarse sin la organización de un sistema de financiamiento internacional a la escala del Tercer Mundo. Una vez más, esta propuesta no tiene nada de original ni de nuevo; la cuestión de la creación de un banco para financiar el comercio Sur-Sur fue señalada en la cuarta Cumbre del Movimiento de países no alineados en Argel (1973), y la Sra. Bandanaraike había propuesto ampliar aún más sus funciones, en su discurso de apertura de la quinta Cumbre del MPNA en Colombo (1976).

Este banco tendría dos funciones, la de ser una cámara de compensación, lo que exige una unidad de cuenta propia

a los países del Sur, que no puede ser el dólar si no se quiere volver a caer en la situación presente, la de un organismo de crédito para cubrir los desfases en el tiempo entre la firma de los acuerdos de compensación y su completa realización.³³

No es una cuestión de técnica financiera lo que está en juego, es una cuestión de voluntad y de capacidad políticas. El desarrollo de la crisis, la "crisis de la deuda" en particular, han destruido las instituciones que el Tercer Mundo se había prescrito en el inicio de la crisis, en el principio de los años setenta, cuando aquélla abría algunos grados de libertad, y que expresaban esta voluntad política. El riesgo hoy, es que la Triada Alemania, EUA y Japón no introduzca un nuevo tipo de división entre los países del Tercer Mundo, substituyendo las relaciones horizontales que se habían instaurado entre ellos, y habían permitido dejar atrás los viejos desacuerdos de tipo más o menos colonial, la vuelta a relaciones verticales (individuales) entre cada país del Tercer Mundo y el "país sede" el cual se encuentra de facto "afiliado". Sin un arranque colectivo, en cuanto todavía es tiempo, y si la Triada convirtiera el nuevo modo de organización de los sistemas productivos, se puede temer que las perspectivas de desarrollo sean enviadas a un período... ¡ulterior!

A manera de conclusión

La evolución actual de la crisis en los países del Norte da a la cuestión del desarrollo una importancia excepcional, mucho más allá del Tercer Mundo. Es urgente, hoy, en el momento en que nadie más disimula el riesgo de una deflación generalizada, a la imagen de la de los años treinta, elaborar una política alternativa bajo la forma de un programa de pleno empleo a escala mundial. Se recuerdan los trabajos de Beveridge: sus primeros escritos se referían ya al desempleo, en que sólo la intervención del Estado y la racionalización del mercado de trabajo puede según él dominarlo; había criticado con dureza las tesis de Keynes a ese respecto, antes de integrar numerosos aspectos de su sistema de análisis en su gran obra de 1944, *Full Employment in a Free Society*.³⁴ Sin embargo, signo de los tiempos, no se interesaba más que en los países desarrollados —los otros sólo eran colonias— y no se encuentra en él ningún análisis de los problemas propios del Tercer Mundo, entonces muy poco conocidos. Hoy, la cuestión es la misma —¿no se vuelve a encontrar la idea de que las técnicas impiden definitivamente volver al pleno empleo?—, pero ella no tiene sentido más que a escala mundial.³⁵

Si se admite que la incertidumbre que pesa sobre las previsiones tienden

a reducir la inversión, de ahí el crecimiento acumulativo del desempleo, hay que buscar los lugares en donde las previsiones puedan ser certeras. En este sentido, se puede pensar que se trata de un vuelco a la situación en el Tercer Mundo que se puede partir para reconstruir el empleo por todo el mundo; porque la masa de las necesidades a satisfacer en el Tercer Mundo es más considerable que en otros lugares porque la producción crea los ingresos necesarios para el consumo del producto; es más fácil hacer ahí previsiones positivas si cada uno busca en principio responder a las necesidades de su población, más que en destruir el empleo de los otros con sus exportaciones, si cada uno busca conservar su propio excedente y de acumularlo, sin que ninguno busque descontar previamente el del otro, un programa de inversión sin endeudamiento en los países del Tercer Mundo, daría a los países del Norte una oportunidad de escapar a la deflación general.

Situarse en esta perspectiva, es decir que el desempleo no es en sí necesario; se toma conciencia cuando se compara la masa de las necesidades no satisfechas en el mundo y la cohorte innumerable de los que buscan una actividad para vivir dignamente.³⁶ Hablar de pleno empleo significa que la sola forma de trabajo no es el trabajo asalariado —numerosas experiencias muestran que comunidades de base han podido organi-

zarse para crear empleos productivos—, se trata de buscar la creación sistemática de empleos, de seleccionar los criterios de inversión en función de este objetivo, en particular en la agricultura (el producto por hectárea o por litro de agua), de formar y revalorizar por todas partes la fuerza de trabajo. Ello significa en el Norte que se cese de abandonar al mercado lo que no se puede realizar, que se reconstruya los sistemas productivos organizándolos, que se asegure la reducción necesaria del tiempo de trabajo que es otra cosa que repartirlo, y que se reconstruyan las instituciones y las convenciones concernientes al trabajo. Significa que se reflexione seriamente, fuera de todo sectarismo, en el papel del Estado en las sociedades complejas, en particular para asegurar a cada uno el trabajo al cual tiene derecho.

Todo esto demanda emprender una reflexión colectiva y sistemática tanto en el Norte como en el Sur acerca de las estructuras económicas capaces de promover ese pleno empleo a escala mundial.

NOTAS

- 1 Se sabe que hay países del Tercer Mundo (o conjuntos de países del Sur, ninguna de estas expresiones es buena, pero no hay una que sea buena) pero, desde el punto de vista en que se toma aquí, lo que constituye su unidad es más importante que lo que los diferencia.
- 2 La sustitución de importaciones en sentido estricto significa la creación de empresas que producen en los países bienes previamente importados, teniendo entonces un mercado asegurado. Es de ella que Aldo Ferrer escribía en 1955, en relación a la Argentina, que ella era "el equivalente a la sustitución de una importación por otra", señalando que ello no mejoraba necesariamente la balanza externa, ya que implica la importación de equipos, incluso de materias primas o de bienes intermedios. Con frecuencia se ha ampliado la noción de sustitución de importaciones asimilándola por ejemplo a la creación de empresas que fabrican bienes de capital suponiendo que si no se les hubieran producido, se les debería haber importado. Pero es evidente que la crítica de Ferrer no se adapta a este caso, y que toda creación de una empresa deviene sustitución de importaciones (salvo si ella no trabaja más que para la exportación). No se gana nada con ampliar las nociones hasta el punto de hacerlas que engloben contenidos estructuralmente muy diferentes.
- 3 Hans Singer, conferencia de apertura del Seminario del IEDES sobre Desarrollo durable, ministerio de la Investigación y del Espacio, París, octubre de 1992.
- 4 M. Byé, "The role of capital in economic development", H. S. Ellis *Economic Development for Latin America*, Londres, Macmillan, 1961, p. 110-124.
- 5 Maurice Byé iba muy lejos por esta vía ya que, en el texto citado, definía el capital como "todo lo que aumenta la productividad de una sociedad", y precisaba; "Al lado de los bienes de inversión, en el sentido propio del término, el capital debe incluir también a los bienes de consumo durable, como el alojamiento y los servicios susceptibles de promover el progreso técnico, tales como la educación."
- 6 Aquí se definirá al excedente como la diferencia entre la producción efectiva y el consumo "necesario" (sobrentendida la satisfacción de las necesidades). Para una discusión más profunda de las diferentes definiciones del excedente en función de su uso, hay que remitirse a Ch. Bettelheim, *Planification et croissance accélérée*, París, Maspéro, 1964, p. 97 a 109.
- 7 El consumo necesario es aquél que renueva las condiciones de la producción. En los países donde la subalimentación está ampliamente expandida, es obvio que una parte del excedente sirva inmediatamente a las mejoras de la alimentación, que clasificaremos entre los consumos de desarrollo. Es obvio que en esas condiciones la población no tenga conciencia de producir (y de consumir) ese excedente, sin embargo el analista debe reconocer un progreso, no puede interpretarlo de otra manera más que como el consumo de esta parte del excedente, y admitir que no puede ser utilizado al mismo tiempo en otra cosa.
- 8 Los sintrabajo no mueren todos de hambre, frecuentemente se encarga de ellos su comunidad de base que les asegura un mínimo de alimento: por eso, el hecho de darles acceso a una actividad productiva, por débil que sea el resultado, aumenta el excedente calculado en bienes o en dinero.
- 9 Esta cuestión es hoy tanto más importante que los acreedores llaman la "gestión óptima de la deuda", en el cuadro de la renegociación de ésta, consiste en combinar el monto del descuento anual a ese título y el número de anualidades de tal manera que el país endeudado pueda pagar efectivamente a lo

que se comprometió —lo que implica que el importe descontado cada año no exceda las capacidades del país, luego el importe del excedente que está disponible después del descuento por el sistema de precios—, y que el reembolso total sea pagado lo más pronto posible —lo que implica que el importe del descuento de ese título se acerque lo más posible al excedente disponible. Resulta que el excedente disponible en el país después de esos tipos de descuentos es nada o casi nada.

- 10 Esta propuesta no es ni nueva (el Tercer Mundo ha estado endeudado en cada una de las crisis del modo de regulación, y la deuda ha sido abandonada cuando para los acreedores sus efectos perversos se revelaron demasiado fuertes), ni peligrosa, habida cuenta de las provisiones de los bancos respecto a este tema (el riesgo de crisis financiera —de “crisis de sistema”— viene de afuera).
- 11 F. Perroux había subrayado el papel dinámico de las “dialécticas entre las agriculturas y las industrias” (*Pour une philosophie du nouveau développement*, París, Unesco-Aubier, 1981).
- 12 A. Lowe lo mostró: *The classical theory of economic growth*, *Social Research*, 21, 1954, y *The path of economic growth*, Cambridge, UP, 1976.
- 13 Felizmente, no se ha comenzado con el tractor por todos lados, hay etapas a salvar. En ciertas regiones de África, por ejemplo, ya es muy difícil salir del cultivo a mano para pasar al cultivo con arado, pero este avance necesita de los aperos, y éstos no son tradicionalmente producidos.
- 14 Es el gran aporte de los economistas latinoamericanos que han construido la teoría de la dependencia. Cualquiera que sea su “autonomía”, ella mantiene estrechas relaciones con la teoría de la “dominación”, y F. Perroux mostró desde 1954 que la dominación, que está en el origen de la desarticulación, es un fenómeno constitutivo del subdesarrollo.
- 15 No se debe confirmar a F. List la recomendación de la protección, incluso si se le interpreta como que debe permitir y dar un sistema de precios relativos autónomo, y “correspondiente” al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Antes de discutir el contenido de la barrera fronteriza de la Unión Alemana, afirma que ésta es en principio una condición del desarrollo: es una cuestión de dimensiones. Cualquiera que sea el nivel de desarrollo alcanzado por Dinamarca o Bélgica, para no hablar de Luxemburgo, fue debido primero a las relaciones que esos países mantuvieron con los países europeos que los rodeaban y a su preocupación de beneficiarse de esas relaciones sin caer en la dependencia, lo que les era tanto más fácil en cuanto esos países rivalizaban entre ellos (sobre esas cuestiones puede remitirse a la tesis de J.-F. Troussier, como a los trabajos de R. Cameron).
- 16 Se conocen los debates referentes a la dimensión de un país (cf. F. y V. Lutz), se sugeriría de buen grado que un país “pequeño” es aquél al cual sus dimensiones no le permiten construir solo una BAA.
- 17 Se admite que ahí hay una propuesta brutal; o el desarrollo se hace con la cooperación de los pequeños países de una misma región o no habrá desarrollo. Sin embargo, la experiencia conduce a pensar que hay que evitar hacer promesas con las necesidades concretas, aunque sea para dar gusto. Los economistas no tienen por función decir que se puede hacer lo que sea con las condiciones que sean, aceptar las condiciones planteadas por numerosos gobiernos y hacer como si se pudiera seguir la política que sea y sin embargo desarrollarse.
- 18 Desde que la tecnología impuso su ritmo a la industria, se asiste a una alternancia de periodos largos de estabilidad estructural —con

frecuencia considerados como períodos de crecimiento regular— y períodos largos de inestabilidad. Estos pueden interpretarse como períodos de construcción de un nuevo orden del capitalismo industrial, en que el precedente agotó sus potencialidades en el curso de la última fase de estabilidad. Es normal que los períodos de estabilidad coincidan con las grandes transformaciones del orden tecnológico, también formando parte del orden del capitalismo. Éstas ocasionan graves perturbaciones del sistema, ya sea por la incertidumbre que generan sobre la naturaleza de las técnicas que terminarán por prevalecer, lo que no puede volver prudentes a los inversionistas, sea porque ellas exigen reconsiderar la organización del trabajo, tal vez porque esas técnicas, claramente más capitalistas que las precedentes, exigen llevar a un nivel mucho más alto el beneficio. Vivimos un período de inestabilidad de esa naturaleza desde la segunda mitad de los años sesenta.

- 19 Si tal fuera el caso, en efecto, no se ve por qué los gobiernos no podrían hacer aplicar las legislaciones corrientes en lo que concierne a la mano de obra, por ejemplo, su protección sanitaria, o las reglas más elementales respecto al medio ambiente. Además, cuando, después de la catástrofe de Bhopal siguieron los debates entre el gobierno hindú (la India es un país poderoso) y la Union Carbide (que trabajan para el mercado local), uno es conducido a pensar que los dirigentes de la Union Carbide se habían reservado, en derecho o al menos de hecho, muy amplios márgenes de maniobra.
- 20 En esta ocasión se había propuesto reconsiderar el cálculo económico relacionado con la decisión de inversión para la construcción de esas fábricas de aperos agrícolas elementales. Lo que era objeto de debate no podía ser la rentabilidad de las unidades de producción de esos materiales —los agricultores tenían entonces rendimientos e ingresos

demasiado débiles para poder acceder a esos bienes—, pero la rentabilidad del conjunto formado de unidades de aperos y de aumento de los rendimientos agrícolas que se esperaba para el país (el complemento de la cosecha a un precio aceptable debía compensar, en un lapso suficientemente largo, el costo de la inversión industrial, si no, claro, esa inversión no tendría sentido). Este tipo de cálculo no fue hecho, se crearon fábricas (SISCOMA en Senegal, ACM en Mali), pero se quiso vender esos aperos a precio de costo, rentabilizando la fábrica por ella misma: ciertamente, gracias a algunos préstamos, algunos agricultores tuvieron la experiencia, pero la mayor parte de ellos no pudieron reembolsarlos, con lo que volvieron al cultivo a mano, suprimiendo las ventas de esas fábricas, que en la misma lógica de rentabilidad microeconómica fueron cerradas. Hay que admitir que el cálculo económico referente al desarrollo no puede ser el de la firma!...

- 21 Tan débil como sea la productividad inicial de esta población a la cual se le ofrece una actividad productiva, en el cuadro de la comunidad de base que se responsabiliza de ésta, toda unidad de producto suplementario que la comunidad obtiene es un aumento del excedente, no es más que por el aumento de los consumos de desarrollo de éstos que estaban sin empleo. Se minimiza en demasía la dinámica que puede ser puesta en juego, y así se olvida la idea de consagrar ese tiempo de trabajo a la limpieza de los cementerios, por ejemplo. No hay ninguna razón de hacer hacer cosas no esenciales a aquéllos para los cuales es indispensable procurarles un trabajo. No hay tampoco ninguna razón en considerar que el salariado es la única forma de trabajo útil. Sería paradójico que en los países donde la población ha resistido mucho tiempo al salariado colonial, se venga a considerarlo como la sola forma de organización

- social y no se ve por qué esta forma pasaría como más evolucionada que cualquier otra.
- 20 No se repetirá nunca lo suficiente que, en la teoría más clásica, no es el mercado el que regula la economía, sino la competencia.
- 23 Claro está, entre las fuerzas que empujan esas importaciones, se encuentra también el comercio de esos productos y más en general los comerciantes de importaciones y exportaciones que, en todos los países, tratan por ejemplo de constituir reservas cuando una industria nacional se pone en su lugar para tratar de impedirle el éxito. Si el gobierno se cree entonces obligado a respetar las "leyes del mercado", el desarrollo está evidentemente comprometido. La democracia no es la libertad anárquica de los poderosos.
- 24 Cualquiera que sea la importancia del petróleo, del mineral de hierro, del café o del cacao, no son los bienes a partir de los cuales se realiza la acumulación, ya sea en bruto (y su transformación demanda de bienes de capital), o sea incluso después de su transformación.
- 25 Referente a esto, se debe recordar la observación hecha por el presidente Houari Boumediene en 1974, en la Asamblea general extraordinaria de las Naciones Unidas: "El esfuerzo de industrialización del Sur aprovechado por el Norte por el hecho de la obligación que tiene el Sur de comprar en el Norte los bienes de capital que necesita —el crecimiento del Norte depende en gran parte del crecimiento de sus industrias de bienes de capital—, el Norte debe ayudar al Sur, ya que se beneficia de los aspectos positivos del desarrollo del Sur." Es de ahí que él creía poder sacar la conclusión de que el Nuevo Orden económico internacional que él deseaba podía (debía) ser discutido con el Norte, conclusión que se reveló dramáticamente falsa ya que ello dejaba al Norte el poder de no abrir esta discusión, situación que iba a utilizar abusivamente.
- 26 Como ha insistido con frecuencia Palloix, no hay que separar las dos esferas de la producción y la circulación, al contrario, hay que señalar la unidad.
- 27 En efecto, una vez eliminados los casos por los cuales la cuestión no se plantea (productos agrícolas o minerales que no pueden venderse más que una vez transformados, productos cuya exportación permite alcanzar más rápido un grado elevado de utilización de los equipos, productos que es útil venderlos en pequeñas cantidades, para probar su calidad), no es seguro que sea *a priori* interesante para el país de referencia, vender siempre productos más elaborados, incluso si es una manera de vender trabajo incorporado, aun si es "rentable" en moneda nacional; el único criterio es el grado de rentabilidad en divisas convertibles, es decir, en la capacidad de importar máquinas. En el momento en que esta rentabilidad fue asegurada, la operación fue un desastre pues retrasó tanto la puesta en marcha de la verdadera política de desarrollo (el retraso se mide por el tiempo necesario de la puesta en marcha de la unidad de transformación al cual se añade el tiempo necesario para la recuperación del capital inicialmente invertido), ocasionó un verdadero despilfarro (los factores escasos descontados por esta fase de la estrategia, cuadros, técnicos, agua industrial, energía, etcétera), reforzaron el poder relativo de los grupos sociales ligados a la importación-exportación, etcétera. La previa elaboración de los productos exportados para financiar las importaciones no comprensibles no tiene sentido más que si se ha demostrado que, en un período de duración aceptable (hay que considerar al menos un decenio; en un período más corto, la inversión para la elaboración del producto no puede ser "rentabilizado", no es cuestión de razonar por más de dos decenios, eso sería darle un nivel de actuali-

- zación irrisorio), permite financiar la totalidad de una masa de importaciones (con exclusión de las importaciones necesarias para la puesta en marcha y el funcionamiento de la unidad de elaboración del producto exportado) superior a aquélla que había sido obtenida directamente de la venta del producto bruto, y suficientemente más grande para compensar el retraso sufrido por la puesta en marcha de la verdadera inversión de desarrollo. Se admitirá con facilidad que, habida cuenta de la masa relativa de los países del Tercer Mundo frente al "Resto del mundo", estas condiciones no pueden ser reunidas más que excepcionalmente.
- 28 A reserva, claro está, de la manipulación de esos precios por los oligopolios internacionales, hasta por los gobiernos más poderosos, lo que con más frecuencia no hace que agravar la desviación atestiguada.
- 29 Habría que decir que, cuando existía, antes que África la haya conocido, en los años ochenta, la regresión debida a su endeudamiento era también catastrófica a nivel personal; el ahorro se hacía en los años de buena cosecha, se compraban alhajas que se revendían los años de mala cosecha. Cuando la cosecha era buena, y el precio del grano bajaba, los agricultores compraban alhajas cuyo precio se elevaba; cuando la cosecha era mala, revendían las alhajas cuyo precio bajaba para comprar grano cuyo precio se elevaba. Claro está, no todo el mundo perdía, pero los comerciantes acumulaban fortunas que no las invertían en la actividad productiva.
- 30 Es la razón por la que se impone el abandono de la deuda, habida cuenta de que las anualidades a pagar en el cuadro de su reestructuración equivalen más o menos al monto del excedente disponible.
- 31 En un país sometido a un Programa de ajuste estructural, obligado a liberalizar sus importaciones, esta cuestión se repite siempre que el banco comercial obliga al Banco Central a consagrar sus divisas escasas a esas compras secundarias.
- 32 Se podrían citar numerosos ejemplos de países en los cuales los comerciantes han hecho reservas de productos siderúrgicos, de textiles, etcétera, en el momento en que los Estados creaban una empresa nacional para la producción de esos productos. Tuvieron éxito al matar el proyecto desde su realización allí donde el Estado no reaccionó poniendo inmediatamente los créditos necesarios a disposición de la joven empresa. En cambio, lo que es impresionante en todos los ejemplos disponibles, es que se trataba de un volumen de reservas para tres años de consumo local; ello se debe a la estimación de la capacidad de resistencia de los Estados, al máximo de las disponibilidades para constituir reservas, a la práctica de los bancos que financiaban la constitución de las reservas, o ... al azar?
- 33 No se perderá el tiempo en analizar su contenido más concreto. *A fortiori*, no se buscará recordar la propuesta ya emitida en 1990 por Juan Castaings de un sistema monetario internacional de los países del Tercer Mundo que volvería sus monedas convertibles entre ellas. Es sin embargo la vía de una autonomía real.
- 34 Londres, Allen & Unwin, 1944, 2e. ed. 1960.
- 35 Se podría hacer de ello una cuestión de moral, pero casi no se entendería; pese al texto de la Constitución francesa, los grandes teóricos de los Derechos del hombre se abstienen de afirmar el derecho al trabajo. A partir del aspecto económico de la interdependencia, se podría tener más oportunidades de hacerse entender, pero su aspecto más profundo —la competencia organizada entre todos los trabajadores de la ciudad y todos los agricultores— no es aquello que merece más atención.

36 Trabajos llevados a la Fundación Bariloche, hace algunos años, mostraban que se necesitarían al menos veinticinco años de pleno empleo para que las "necesidades de base",

en el sentido de la OIT, comiencen a ser satisfechos, y otras estimaciones son aún más pesimistas!